

HISTORIA NATURAL.



Las Mariposas.

Así como las plantas abren sus botones en la primavera de donde salen las corolas nuevas, así también las mariposas, como flores aladas, rompen su sepulcro de invierno, sus crisalidas, y se esparcen alegres por los aires. Un lila

que tengo en mi ventana atrae muchas veces á esos huéspedes celestes, á esos hijos de las metamorfosis, emblemas del alma inmortal. Este año, en el mes de febrero, apenas el arbusto había echado las primeras hojas cuando recibió

la visita de la *Pierida*, esa que se ve en medio del grupo, con las alas blancas y una pinta negra á la estremidad. Vuela sin temor blanca pierida, que yo observaré tus caprichos juguetones y buscaré tu historia en tu vida aventurera, pero no en tu muerte; ayudados por los luminosos trabajos de los naturalistas no necesitamos buscar los secretos de la vida en el martirio de ese pobre insecto; asociémonos á la grande compasion del poeta: «La punzante angustia del insecto despedazado, dice Shakespeare, es igual á la del gigante que agoniza.»

Me acuerdo haber visto hace algunos años en casa de un pintor amigo mio, un jóven entrando en el estudio orgulloso con su conquista; en su sombrero, puesto de lado, llevaba á guisa de escarapela el insecto que se ve á la derecha al pié de nuestro grabado, que es una de esas mariposas llamadas crepusculares porque huyen la luz del dia como los murciélagos. El cuerpo del insecto prendido en el sombrero por medio de un largo alfiler negro, era de un hermoso color de aceituna; manchas verdes y una ancha banda del mismo color matizaban sus alas superiores cuyo fondo era rojo ceniciento; el vivo encarnado, ribeteado de terciopelo negro de las alas traseras, se destacaba sobre el negro del sombrero, y el doloroso temblor de la pobre mariposa hacia tornasolar todas esas tintas armoniosas.

— ¡Qué crueldad! — dijo mi amigo el artista dirigiéndose al jóven, — eso es muy infame: ¿y creéis llegar á ser artista en la vida? Quitáos inmediatamente de mi vista; el artista admira, adora é imita la naturaleza en sus bellezas infinitas, pero no se complace en atormentarla. Salid de aquí; os digo que salgais, y para no volver á entrar jamas con esa insignia de verdugo.

Mas de una vez en las huertas y jardines he visto á la *pierida* revolotear, subir, bajar y fijarse por fin en una hoja de col, donde estendiendo, trémula, las alas, ponía un montoncito de huevecillos amarillos que hay que mirar con el microscopio, esculpidos en forma de pomitos y surcados de quince delicadas nervaduras. Millares de insectos vivaces irán saliendo mas tarde ó mas temprano de esos numerosos huevos segun las variaciones de la temperatura. Un hambre insaciable que no satisfacen sin embargo, mas que por la noche, robustecerá en pocas semanas esas orugas de diez y seis patas con el cuerpo sombreado de pelillos blancos, manchado con puntitos negros y rayado con tres fajas amarillas longitudinales. Swammerdam, Malpighi, Reamur y otros varios autores nos enseñan que eso no es mas que un estuche en que la mariposa crece y se desarrolla como el pollo en la cáscara del huevo, solamente que, á medida que va progresando bajo su corteza, el insecto cambia y agranda cuatro veces sucesivas su vestido; toda esa historia tan divertida descubierta ya por los ingeniosos estudios de los naturalistas puede desarrollarse hoy ante los ojos del primer observador. En cuanto la oruga ha crecido ya todo lo suficiente, cesa de comer y se aleja de la planta que roía hasta entónces con tanto afán. La *pierida* no pone sus huevos mas que en la hoja de la col ó del nabo donde su progenitura puede hallar al nacer los víveres y la mesa puesta: despues, y como sabe que al salir del monumento que va á construirse tendrá alas bastante fuertes para volar de flor en flor, se busca un abrigo sólido y seguro; se arrima á una piedra, y allí es necesario ver su habilidad para tejer el hilo de seda que debe unirla con el borde de la piedra; su destreza para disponer un cinturón que la sos-

tiene por medio del cuerpo es un verdadero prodigio; cuando la oruga se encuentra bien amarrada, rompe su cubierta, se despoja de ella y la hace deslizar por entre los lazos en que se ha rodeado sin aflojarlos ni romperlos.

En tanto que la examinamos un enjambre de brillantes insectos despierta nuestra atencion; son las *Vanesas*, tan comunes bajo el clima templado de la Francia y que se reconocen por las variadas manchas de hermosos colores, los festoneados ribetes de sus alas en forma de abanico y el boton ovoide de sus antenas. Cinco especies de ese jénero rodean nuestro grupo de mariposas; á la izquierda, por arriba, se ve la *Tortuguila* que debe su nombre á ese salpicado de amarillo y negro que parece de concha; mas abajo está la elegante *Thais*, luego una *Vanesa*, y el *Pavon* de dia con cuatro pupilas azules dibujadas en sus purpúreas alas; inmediatamente despues viene la rápida *Atalanta* con su arco iris defuego esmaltado en sus aterciopeladas y negras alas. Las orugas de esas tres vanesas viven en las ortigas y sus crisalidas, sujetas por un doble hilo de seda, son muchas veces doradas. Enfrente de la *Atalanta* está la *Antiope* de un negro rojizo con manchitas azules y festoneado con una ancha faja de un amarillo caído. Subiendo á la derecha está la *Vanesita*, que la llaman tambien Roberto el diablo por la estraña figura de sátiro que se ve en su angulosa crisalida. Todas las orugas de ese jénero son erizadas y de colores oscuros.

La *Ninfalia* que ostenta debajo de Roberto el diablo sus grandes alas manchadas de blanco se acerca bastante á las *Vanesas* y habita en los bosques del Este y del Norte. Dejemos á un lado esas tres mariposillas de alas replegadas, la de arriba que no sale del Mediodia, la del medio oriunda de los Alpes y la blanquecina de abajo que revolotea por todas partes sin fijar nunca la atencion, y ocupémonos de la mas bella mariposa de nuestros climas, la Mariposa de larga cola que brilla entre todas y que podemos fácilmente seguir á través de todas sus metamorfosis.

Por el mes de junio se encuentra en la zanahoria ó el hinojo su oruga de un hermoso verde rodeada de anillos simétricos de un negro aterciopelado y manchas blanquecinas; el vientre del insecto es como armiño. Si al contar los anillos que se van acercando al cuello de la oruga se tocan lijaramente con una pajita, de repente sale un cuernecito carnoso trasparente en forma de Y de color de naranja que exhala un fuerte olor á hinojo, que le sirve probablemente de defensa.

He visto la metamorfosis de una de estas orugas que mantuve en una cajita. Cuando llegó á estar ya bien crecida se agarró con sus diez patas membranosas á la cubierta de su prision, y entónces con un movimiento lento y uniforme principió á pasear su cabeza y toda la parte anterior de su cuerpo de un lado á otro con bastante trabajo. Con sus escamosas patas delanteras tejía el hilo de seda finísimo en extremo que salía de su boca, y le fijaba á derecha é izquierda rodeándose así de mas de cincuenta lazos; concluido esto rompió su corteza, se despojó de ella y la hizo resbalar por los movimientos repetidos de la crisalida hasta que desembarazada al cabo permaneció inmóvil y desnuda suspendida por su cintura. Tres dias despues vi salir la mariposa: se puso sobre mi brazo y permaneció quieta durante una hora, húmeda, macilenta y con las alas plegadas; poco á poco las fué estendiendo al sol, paseándose lentamente por mi brazo secando sus plumitas aterciopeladas con un movimiento oscilatorio mas rápido cada vez: por último, los colores se fueron marcando poco á

poco; el amarillo se doró; las manchas, las rayas y las nervaduras negras fueron tomando tintas mas oscuras; los dos ojos azules de su cola ahorquillada brillaron cada vez mas; las antenas alargadas se estremecieron y el balanceo de las cuatro alas se hizo mas marcado: hubo un momento de descanso, al cabo del cual la Mariposa saltó de mi brazo y la vi revolotear y lucir su brillante cola en un parterre de flores.

Al pié de nuestro grabado se ve la *Liquenea* azul, cuya oruga puede colocarse entre las Medidoras.

CONSIDERACIONES SOBRE LA LIBERTAD MORAL.

El mas especioso de todos los pretestos que tienden á oscurecer en el hombre el sentimiento de su libertad es el que se funda en la presciencia divina.

« Dios vé constantemente el partido que vas á tomar, luego no es libre tu determinacion. » Todas las demas dificultades no son nada al lado de este argumento tan corto y por lo mismo tan terrible.

En vano los discípulos de una filosofía que pretende *explicar el hombre por las cosas*, tratarán de deslumbrarme con el espectáculo de los movimientos que, llenando el universo, obedecen á pesar de su infinita complicacion á un corto número de leyes jenerales, porque yo diré de esas leyes; « Todo está sujeto á ellas en la naturaleza, todo deriva de ellas necesariamente, y la curba que describe el átomo mas lijero que parece llevado por el viento á la casualidad, está trazada de antemano de una manera tan segura como la rotacion de los orbes planetarios. » Sin embargo, bien que el hombre dependa en una parte de su ser, de las leyes universales de la naturaleza, le basta el contemplarse un instante para convencerse de que tambien las domina á su vez bajo otro concepto; y he aquí porqué la jeometría mas sublime no logrará nunca encadenar en sus sábias fórmulas ese átomo pensador de donde se desprende cada día una nueva vida.

En vano tambien el adversario de la libertad penetraría en el corazon del hombre buscando apoyos para su causa, y ya puede guardarse de invocar la deplorable historia de las flaquezas de la voluntad para negar que esa misma voluntad es una causa primera, ó un principio, porque todos le responderíamos en nombre de una esperiencia cotidiana, que la libertad, es decir, la eficacia de la libertad depende esencialmente del uso que se hace de ella. La libertad se fortifica practicando el deber, como se debilita con su abandono. Ciertamente que el hombre no es libre en el paroxismo de la pasion, porque entonces cede á atracciones inferiores, como la piedra inerte cede á la ley de gravedad, pero para eso el precipicio está precedido de una pendiente en que el hombre puede detenerse y esto basta para que desde el fondo del abismo no pueda negarse la libertad; por último es un rayo de luz de que debemos aprovecharnos, el que ante las lejislaciones humanas no pueda la embriaguez servir de excusa á los culpables.

De este modo, ni el imponente conjunto de las fuerzas de la naturaleza, ni el aflictivo cuadro de nuestras flaquezas, no contienen nada en sí contrario al dogma de la libertad; pero cuando alzo mis ojos hácia Dios, debiendo leer en la suprema sabiduría la historia de cada hombre escrita de antemano, me turbo y vacilo en creer en la libertad humana, y la mayor parte de los socorros que se

ofrecen entónces á mi razon me parecen mas laudables por la intencion que los dicta, que propios para alcanzar el resultado que se proponen.

Al ver caer una persona de lo alto de un edificio, el conocimiento segurísimo que tengo de esa desgracia no entra por nada en las causas del acontecimiento. De esta manera dicen, la segurísima presciencia de Dios no tiene influencia ninguna sobre la determinacion del ser libre, y la prevision del crimen, que posee, no arrastra de ningun modo la accion del culpable. Aceptando esta comparacion, puede sacarse en conclusion que Dios no es el autor del crimen que comete el asesino, pero no se trata de eso, sino de saber si el conocimiento actual que tengo de ver caer á un hombre desde lo alto de su casa, no es para mí, y aun hasta para él mismo, la ciertísima prueba de que actualmente no posee ya la facultad de no caer. Como la cuestion propuesta de este modo no es dudosa os invito á pensar si yo puedo decir que el asesino es libre despues de haber acordado que Dios, eternamente, le vé asesinar su víctima.

Por otra parte, ¿qué seria la bondad de Dios colocada entre esa contradiccion de un ser creado libre y de la presciencia de todo el uso que hará de su libertad? ¿Qué seria la idea de un Dios infinitamente grande y bueno si despues de cumplida la prueba tenemos la certidumbre de cuán funesta ha sido? De este modo, Dios en el momento de la creacion no habria querido únicamente la posibilidad del mal, como lo exige, en efecto, el principio mismo de la libertad, sino que tambien (y esto no puede imaginarse sin blasfemar) sino que tambien habria querido la necesidad, puesto que poseyendo la presciencia infalible no se ha detenido en el acto creador. Un padre entrega gozoso á su hijo la espada con la cual debe cubrirse de gloria, vengando el honor de su pais; pero si el hijo debia volver esa arma contra su pais, contra su padre y contra sí mismo, y si el padre podia haber conocido de antemano todos esos horrores, si, al dar la espada los prevía con certidumbre, si los veía... ¡Oh cielo! ¿cómo detenerse en esa destruccion de todas las ideas necesarias? Si el hombre no es libre la distincion del bien y del mal desaparece; la virtud no es mas que una palabra, la ley moral una decepcion y la ley de las sociedades humanas una tiranía atroz.

Dichosamente estas dificultades no son mas que aparentes, hijas en mi opinion, de la idea insuficiente y puedo decir falsísima que se tiene comunmente de la presciencia divina. El autor de un libro interesante y poco conocido, LA FILOSOFÍA DIVINA, reconviene á la mayor parte de los escritores por haber confundido la vista que tiene Dios de sí mismo, y la que tiene de las cosas sucesivas de los acontecimientos del mundo y de todo lo que los filósofos llamaban antiguamente *contingentes futuros*. Como en ese Dios inmutable no hay aumento ni disminucion, le niegan, hasta cierto punto, la facultad de ver el aumento y la disminucion de las cosas pasajeras... para él, el porvenir y el pasado se confunden en un solo punto; lo que en el lenguaje humano *ha sido ó será*, en el lenguaje divino es. — He aquí lo que se enseña, sin parar la atencion en que ocurre el porvenir como si ya se hubiese realizado, seria ver las cosas de otra manera que como son, de modo que á fuerza de querer dar una grande idea de la presciencia divina, no han logrado mas como ya he dicho que falsear esa misma idea.

Tener el conocimiento entero, preciso y detallado de to-

dos los acontecimientos que desde el origen de las cosas se han verificado en cada espíritu y en cada región, en todo hombre y en toda familia, en toda nación y en la inmensidad de los mundos, esto es tan superior á nuestra inteligencia que con la mejor buena fé creemos hacer bastante por la divinidad acordándola primeramente el completo conocimiento de los hechos realizados y despues un conocimiento semejante de los hechos que deben realizarse desde la hora en que nos hallamos hasta la consumacion de los siglos; pero por mi parte temo mucho que no favorezcamos nada al ser supremo, debiendo ser su presciencia del porvenir infinitamente mas maravillosa de lo que suponemos.

Efectivamente, el pasado por vasto y complicado que sea, se presenta en cada una de sus partes como enteramente fijo, determinado é irrevocable, mientras que, en razon de la intervencion de los seres libres, el cuadro del porvenir ofrece en cada uno de sus puntos que son infinitos, la raiz de muchos hechos posibles que, considerados aisladamente dan lugar á muchas mas probabilidades y así indefinidamente sin medida y sin limites, de manera que, para emplear el lenguaje de Leibnitz, si la ciencia divina del pasado es relativamente á nuestras débiles ciencias historicas, como un infinito del primer orden, la ciencia divina del porvenir encierra infinitos de todos los órdenes, hasta el del orden infinito.

Y si se quiere una imájen mas sensible, no hay mas que figurarse que cada ser inteligente tiene á cada momento de su existencia muchos caminos abiertos ante sí, y que sea cualquiera el que escoja, á cada nuevo instante tendrá que escoger aun entre muchos mas caminos nuevos, de modo que si fuese dejando un hilo detras de sí para marcar su huella, se podria concebir el pasado como un tejido formado de todos esos hilos, tejido sin consistencia porque cada hilo corresponderia á un ser inteligente nada mas; pero figurándose del mismo modo todos los caminos que á cada instante se abren á cada uno, el porvenir presentaria el aspecto de un bosque lleno de enrucijadas y tortuosidades intrincadas para el cual serian del todo insuficientes las tres dimensiones del espacio.

Ahora bien, Dios conoce las eventualidades en número infinito que encierra cada momento del porvenir, de manera que no se realiza ni puede realizarse acontecimiento ninguno que no haya sido previsto por él de toda eternidad, y en todas sus circunstancias. Entre estos acontecimientos hay unos que son seguros como verbi-gracia todos los que entran en el mundo mecánico de la astronomía, y los demas son simplemente posibles, como los que dependen del mundo moral. Así pues, Dios los vé todos juntos, pero cada cual con la medida de su certidumbre ó de su posibilidad, y de este modo su presciencia no toca en nada á la libertad de los seres inteligentes, y lo que esmas todavía Dios está siempre dispuesto para ejercer una intervencion adecuada á cada uno de los acontecimientos que prevé y así manifiesta á la vez en su poder la sabiduría, la misericordia y la justicia.

¡Oh hombre! no te dejes engañar; libre has sido creado; la libertad fué tu mas hermoso título el día de tu nacimiento, fué la prenda de la confianza paterna.

Por grandes que sean las miserias que te hayas acarreado con tus faltas no desesperes del porvenir; por grandes que sean tus males nunca lo serán tanto como la suprema bondad; pero al mismo tiempo tén cuidado porque la eficacia de la libertad depende del uso que se hace de ella y

teme que una nueva falta no colme la medida; acuérdate que la justicia vijila al lado de la sabiduría y la misericordia!

EL ABETO Y LA VID.

Un dia la vid dijo al abeto, — tu te levantas orgulloso hácia el cielo, pero eres largo y frío.

Yo, si no esparzo una ancha sombra para que descanse el viajero, le doy en cambio el jugo de mis racimos, que le fortifica.

Conmigo entra la alegría en el otoño en la morada del pobre, y se reanima el corazon del anciano.

Esto dijo la vid; el abeto la escuchaba en silencio, y despues la respondió con un melancólico suspiro. — Reconozco tus buenas cualidades,—pero tambien yo sé mejor que tu, proporcionar el reposo al que está cansado de la vida encerrándolo en su ataud.

J. KOERNER.

EL VICIO Y EL FAVOR.

Ordinariamente la virtud no sabe granjearse el favor de los hombres, y el vicio que todo lo pone en obra es mas activo y mas pronto, y alcanza el objeto que se propone mejor que la virtud, que no sale de sus reglas y que no camina sino á pasos contados.

El hombre vicioso puede entrar en todos los designios, sabe encontrar mil espedientes y lisonjear todos los intereses. ¿De qué puede servir ese hombre tan recto que no habla mas que de su deber? Nada hay tan seco ni tan poco flexible, y hay tantas cosas que no puede hacer que por fin llega á considerársele como un hombre enteramente inútil que no sirve para nada. Pronunciado ese fallo pronto se le desprecia y despues se le sacrifica al interes del mas fuerte, y á los empeños de ese hombre de tantos recursos que no se cuida del bien ni del mal para entrar en nuestros designios y que pone en juego los intereses y las pasiones, esos dos grandes resortes de la vida humana.

BOSSUET.

CANCION ALEMANA.

He llamado á la puerta de la riqueza, y me han arrojado un maravedí por la ventana.

He llamado quedito á la puerta del honor, y he visto que no abrian sino á los caballeros montados en un noble alazan.

He llamado á la puerta del trabajo, y no he oido por dentro mas que jemidos y sollozos.

He buscado la casa de la alegría, y nadie ha podido indicármela.

Dichosamente conozco una casita bien silenciosa á cuyas puertas iré á llamar.

Muchos la habitan ya; pero en el sepulcro hay puesto y reposo para todos.

RUCKERT.

En una comedia de Menandro se vé un Hércules finjido armado no con una fuerte y pesada maza, sino con una caña. Así es la supuesta franqueza del adulador, sin peso y sin vigor cuando se pone á prueba. La verdadera franqueza es la de la amistad, aquella que conoce nuestros defectos y nos liberta de ellos empleando un remedio eficaz, aunque doloroso.

PLUTARCO.

MICCO SPADARO.



MUSEO DE NAPOLES.—Retrato de Mazaniello, por Micco SPADARO.

Domenico Gargioli, mas conocido bajo el nombre de Micco Spadaro, nació en Nápoles en 1612 y murió en 1679. El abate Lanzi dice que era un paisajista consumado muy hábil tambien para las figuras grandes ó pequeñas. Liviani Codagora, gran pintor de perspectiva no quiso que ningun otro mas que él hiciese las figuras en sus planos de arquitectura. Spadaro no tuvo igual en el arte de representar escenas populares de su pais, con particularidad aquellas cuyo asunto exige una gran multitud de figuras.

En el Museo Borbon de Nápoles se conserva un crecido número de cuadros de Spadaro entre los cuales se cuenta su retrato, un Moises haciendo saltar el agua de una roca, un San Bruno recibiendo la regla de su órden de manos del niño Jesus, Santiago esterminando á los sarracenos, y muchos cuadros populares que forman con el retrato de Mazaniello la parte mas curiosa de sus obras.

El retrato de Mazaniello está léjos de ser una buena pintura, viéndose perfectamente que Micco Spadaro, aunque amigo del modelo, no tuvo la idea de ennoblecer su fisonomía. Salvator Rosa contemporáneo tambien de Mazaniello ué el que representó al héroe popular con toda su fuerza

y dignidad; Micco Spadaro no representó mas que su aspecto trivial, y cómico por decirlo así.

Cuando estalló en Nápoles la revolucion del 17 de julio de 1647, Tomas Aniello (Maz-Aniello) tenía cerca de 27 años como resulta de su fé de bautismo publicada últimamente por el señor duque de Rivas (1). Salvator-Rosa tenía entónces treinta y dos años y Spadaro treinta y cinco; como casi todos los artistas napolitanos, ambos combatieron con Mazaniello contra la opresion española, en la partida de pintores que tenía á Falcone á la cabeza, llamada la *Compañía de la muerte*, que no fué por cierto la que ménos servicios prestó á Mazaniello.

La caída de Mazaniello obligó á los artistas á salir de Nápoles, cuando llegó don Juan de Austria y el vice-rey español; Salvator se refugió en Roma donde encontró la gloria y la fortuna; los demas se dispersaron y no sabemos el paradero de Spadaro, cuyo nombre ni siquiera ha podido ocupar un puesto en la *Biografía universal*.

1 Sublevacion de Nápoles capitaneada por Mazaniello. Estudio histórico de don ANGEL SAAVEDRA, duque de Rivas. Madrid, 1848. 2 tomos en 12°.

UN SECRETO DE MÉDICO.

La calle de los *Reservoirs*, como todas las de Versalles, se halla desierta y silenciosa desde el anochecer: en cuanto principia á caer la tarde se cierran sus puertas, se corren las cortinas, y apenas pueden distinguirse de trecho en trecho, en ese ancho camino de las carrozas y coches de caza de la corte del gran rey, algunos transeúntes retardados que se apresuran para entrar en sus casas.

Uno de estos transeúntes acababa de llegar á un pequeño pabellón de un solo piso situado casi á la estremidad de la calle, y sacando una llave del bolsillo abrió la puerta, y bien luego pudo distinguirse desde fuera una lucecita encendida en el piso bajo, que se paseó algunos instantes como haciendo la última inspección de aquella noche.

El que hubiese podido seguirla hubiera visto primeramente que iluminaba un saloncito amueblado con ese lujo equivoco y á veces muy costoso, porque indica sacrificios hechos á las exigencias de una posición social; luego un gabinete cuya mesa de despacho limpia como el día que salió de manos del mercader, manifestaba su perfecta inutilidad, y por último una angosta escalera que conducía á una alcoba donde se detuvo la luz. En esta alcoba, la económica elegancia del piso bajo se veía reemplazada por una indigencia visible: el lecho bajo y sin cortinas se hallaba cubierto con una colcha de algodón desteñida, y algunas sillas de paja, una mesa y un escritorio antiguo completaban el amueblado, cuya insuficiencia comparada con el lujo del piso bajo manifestaba la dura necesidad que se imponen todos aquellos que atienden á lo superfluo primero que á lo necesario.

Esa era efectivamente la situación de M. Augusto Fournier inquilino á la sazón del pabellón de que estamos hablando. Graduado de doctor en medicina al cabo de largos estudios que absorbieron la mejor parte de la corta herencia que le dejó su padre, se vió obligado á gastar lo poco que le quedaba en establecerse de una manera conveniente para inspirar confianza, y condenado á vivir bajo una apariencia de bienestar que ocultaba crueles privaciones, esperaba que le llegase la fortuna bajo aquel disfraz de prosperidad.

Sin embargo, iba á hacer ya cerca de un año que habitaba en Versalles, con los ojos fijos en el horizonte como la hermana Ana, sin ver, como esta, mas que la polvareda del presente y las verdes esperanzas del porvenir, y en tanto iba consumiendo sus recursos, sin que llegase aquella fortuna tan esperada.

A pesar de esto, el joven doctor experimentaba mas cada día los deseos de mejorar su posición, y aguijoneado por la inquietud habia tratado de buscarse protectores: todo el mundo alababa su instrucción, su celo y delicadeza, pero nadie iba mas allá; le hacían justicia, pero sin prestarle servicio ninguno. Como último recurso, habia solicitado con empeño el cargo de médico de un hospital que debia fundarse en las cercanías mediante una donación filantrópica, pero desgraciadamente aquellos que hubiesen podido apoyarle necesitaban toda su influencia para sí, y se contentaron con prometer y dar buenas esperanzas, después de lo cual cada uno se ocupó de sus negocios hasta que el joven médico supo que un rival mejor recomendado habia obtenido el puesto que solicitaba.

Esta última desgracia habia aumentado la tristeza sombría que le devoraba hacia algun tiempo; después de ha-

ber echado una ojeada de desaliento sobre la desnudez de su alcoba y de desempeñar esos oficios domésticos de que se hallan libres ordinariamente los hombres estudiosos, se acercó á una ventana y apoyó su frente pensativa contra los vidrios.

Veíanse por aquel lado un patio comun al cual daba una puerta del pabellón del joven doctor, y una mala casucha amenazando ruina habitada por un antiguo alguacil llamado M. Duret, conocido en todo el barrio por su avaricia, dueño de dos casas y un jardín abandonado que se hallaba separado del patio por una verja de madera carcomida. Una pobre niña que sacó de pila y adoptó en su mas tierna infancia cuidaba de su casa, por cuyo medio se habia asegurado bajo la apariencia de una protección bienhechora, una especie de criada sin salario, que participaba, muy agradecida, de su pobreza voluntaria.

Sin embargo Rosa en esta humilde condición no se habia embrutecido ni endurecido; lejos de eso, su alma, dejando á un lado la realidad que la hería, habia tomado vuelo por decirlo así, hacia las elevadas regiones de lo ideal; siempre sola, habia fecundizado la soledad con la reflexión y sumergida en la ignorancia y sin medios para instruirse se resignó á leer repetidas veces los pocos libros que la casualidad la puso entre las manos, y de los cuales supo extraer toda la sustancia y perfumes.

A pesar de eso, después de la llegada de M. Augusto Fournier el círculo de sus lecturas se habia ensanchado un poco, porque el joven la habia prestado algunos clásicos extraviados en su biblioteca, con cuyo motivo se entablaron entre ambos algunas relaciones de vecindad que se reducian sin embargo, á algunos momentos de conversacion.

Hacia muchos dias que las inquietudes personales del doctor le habian impedido el pensar en Rosa, cuando la distinguió atravesando rápidamente el patio con dirección hacia su pabellón. Al llegar junto á la puertecilla falsa levantó la cabeza, reconoció á M. Fournier en la ventana, le hizo una señal y pronunció algunas palabras que el joven no pudo comprender.

El doctor se apresuró á bajar á abrir.

Rosa, cuyas facciones cansadas y sin frescura parecían hallarse en contradicción con su nombre, estaba aun mas pálida que de costumbre y la pobreza de sus vestidos se hallaba mas en evidencia á causa de un desorden que llamó la atención del joven médico.

— ¿Qué es lo que hay? ¿qué teneis? — la preguntó.

Rosa parecia conmovida y respondió;

— Dispensad... quisiera... venia á pedir os un servicio... un gran servicio.

— Hablad — dijo M. Fournier — ¿en qué puedo seros útil?

— No á mí, sino á mi padrino: hace ocho dias que está malo, se debilita... esta mañana pudo levantarse, pero hace un instante se ha desmayado al meterse en la cama.

— Voy á verle — interrumpió el joven doctor dando un paso adelante.

Rosa le detuvo con un ademán.

— ¡Dios mío! perdonadme — dijo balbuceando... — es que mi padrino no ha querido nunca llamar á ningún médico.

— Entonces me presentaré como vecino.

— Y con algun pretexto ¿no es verdad?... Podriais verbi-gracia ir á preguntarle el precio de la cuadra y de la cochera... ambas os harán falta cuando tengais el cabriolé.

Un sentimiento de amargura traspasó el corazón del joven; en los primeros días de sus ilusiones había dejado traslucir esa esperanza lejana.

— Enhorabuena — dijo con voz cortada.

Y cerrando la puerta del pabellón siguió á la joven hasta la casucha que habitaba el señor Duret.

Su conductora le suplicó que esperase algunos instantes á la puerta, á fin de que su padrino no sospechase nada, y en efecto, el doctor se detuvo en el umbral, desde dónde oyó al enfermo preguntar á la joven si estaba bien cerrado el jardín, si había apagado la lumbre y si no se le había olvidado sacar el cubo del pozo, inquietudes de avaro á las que Rosa supo responder de un modo que le tranquilizó. Sin embargo la voz seca y chillona del enfermo llamó la atención del joven médico, quien se decidió á subir los dos escalones de la entrada y se presentó haciendo algún ruido como quien desea anunciar su llegada, pero se vió súbitamente detenido por la oscuridad.

La única pieza que formaba el alojamiento del antiguo alguacil, y en la que se hallaba entonces acostado, no tenía en efecto mas luz que la del reverbero que alumbraba la calle, y cuyo lejano resplandor trasformaba la oscuridad de la habitación en tinieblas visibles á que debía acostumbrarse la mirada. El enfermo, acostumbrado ya, reconoció inmediatamente al joven inquilino, y sentándose en su lecho exclamó fuertemente:

— ¡El doctor! Supongo que no viene por mí; yo no le he llamado y estoy bueno.

— No, no es una visita de médico, sino de inquilino, — repuso M. Fournier acercándose á la cama á tientas.

— ¡De inquilino! — repitió el antiguo alguacil. — ¿Venís á pagar el trimestre? No creía que había vencido y... ¿Me traéis dinero?... Enciende una luz, Rosa; pronto, pronto.

— Dispensadme, — dijo el joven doctor, que por último había logrado acercarse á la cabecera del señor Duret, — el trimestre está principiando ahora, y vengo únicamente á saber si podríais alquilarme la cuadra y la cochera cuando las necesite.

— ¡Ah! si se trata de eso, — repuso el viejo, — es otra cosa; bien, bien; sentaos si gustais, vecino... Rosa, no enciendas luz, basta con el farol, y así se habla mejor; dame mi bebida.

La joven le trajo una taza que el enfermo vació con la afección propia de la fiebre.

El médico le preguntó lo que bebía.

— Mi remedio ordinario, doctor, — respondió el enfermo, — es un caldo de parea, que es mas sano que todos vuestros brebajes, y no cuesta mas que el trabajo de cojer la planta.

— ¿Y lo bebeis frio?

— Por no tener la lumbre encendida; me hace daño el calor... y ademas la leña está tan cara... para vivir es menester economizar... No quiero que me suceda lo que á ese pícaro de Martois, ¡con quien tanto he perdido!

Martois era un deudor del antiguo alguacil, que había hecho quiebra; el señor Duret fué reembolsado por entero, pero no por eso dejaba de repetir continuamente que Martois le había arruinado: esto era para él un tema inagotable, como las viruelas para las mujeres feas y las revoluciones para los nobles sin dinero.

M. Fournier aparentó abundar en las mismas ideas del enfermo, y se acercó mas á él: sus ojos, que se iban acostumbrando á la oscuridad, principiaban á distinguir el rostro del anciano salpicado de pintas rojas que anunciaban

el ardor de la calentura. Sin dejar de hablar, tomó una de sus manos, que estaba ardiendo, oyó su respiración entrecortada, y adquirió la certidumbre de que su estado era mucho mas grave de lo que había creído en un principio. Entonces trató de fijar la atención del señor Duret, á fin de decidirle á hacer algún remedio; pero el antiguo alguacil enumeraba las ventajas que le resultarían al doctor alquilando la cuadra y la cochera, y no se cuidaba de otra cosa.

(Se continuará.)

DERROTA DE UN BRULOTE INGLÉS.

El 31 de julio de 1666, cuatro señores franceses entraron en un botecillo para marchar á bordo del buque que mandaba Ruyter, para quien llevaban cartas de recomendación del conde de Charost, gobernador de Calais, y del señor de Glarges agente de Holanda, pidiendo que se les permitiese hallarse en el primer combate naval para probar su valor contra los ingleses. Esos señores se llamaban, Felipe caballero de Lorena, joven de 23 años, hijo segundo del conde de Harcourt, gran escudero de Francia y gobernador de Anjou; Armand del Cambout, caballero de Coaislin, hijo de César del Cambout, marqués de Coaislin, coronel de suizos, y de Magdalena, hija de Pedro Seguiet, canceller de Francia y duque de Villemore; el caballero Cavoit y el baron de Busca. El jeneral Ruyter que tenía ya á bordo demasiada gente para poder dar acogida á aquellos señores con sus comitivas y tratarles segun su mérito y categoría, les suplicó despues de haberles tenido una noche, que pasasen á bordo del buque Utrech mandado por el capitán Enrique Gotskens donde estarían con mas comodidad y desde donde podían volver á su buque cuando principiase el combate. Ademas de esto, admiró mucho su valor de venir de intento á combatir en una batalla como la que iba á tener lugar, y á participar del peligro común.

Sin embargo Monc que derrotaba á los holandeses con la mayor parte de sus fuerzas, conservaba la esperanza de cojer á su jeneral, como lo dijo despues en cierta carta, para tener la gloria de llevar á Inglaterra á aquel ilustre héroe cuyo valor no tenía igual en el mundo. Con este motivo trató por todos los medios posibles de incendiar su buque, lo que se pensó sucedería al ver un brulote que se acercaba tanto que no se sabía si podría impedirle el abordaje.

Pero Ruyter que siempre conservó su sangre fria en medio del peligro dió con presteza la orden de botar al agua cuatro chalupas, la suya y la de los capitanes Vau-Meuwen, Vollenhoven y Juan du Rois, hizo salir unos cuarenta y ocho hombres de los cuatro navios y los repartió entre las mencionadas chalupas, con la orden de que en un tiempo dado se acercasen al brulote inglés para atacarle y desviarle, y dijo al mismo tiempo á los cuatro señores franceses « que se hallaban muy incomodados porque no podían servir de nada » que la aproximación del brulote abría ancho campo á todos los que quisiesen adquirir reputación y que no tenían mas que marchar al combate si querían manifestar su valor en el peligro. Los cuatro respondieron sin vacilar que marcharían con mucho gusto, y al decir esto se arrojaron con valentía en la chalupa del jeneral.

Sin embargo el brulote que era un hermoso buque que casi parecía una fragata iba precedido de navios de guerra y como traía viento en popa se prometía echar los garfios de abordaje al almirante, con cuya intención se acercó tanto que los ingleses se arrojaron ya á las chalupas, escepto dos, el timonero y el que debía prender fuego á la pólvora. Pue-

de decirse que en aquel instante la conservacion de aquel gran navio y por consiguiente la del ejército y aun la del Estado, estaba pendiente de un hilo, pero Ruyter que supo medir bien el tiempo, cambió de rumbo de repente, y mediante esta maniobra el brulote se quedó atras y desde entónces se halló imposibilitado de acercarse y producir su efecto; al mismo tiempo mandó disparar contra él, y los ingleses viéndoles venir con tanto orden haciendo un ter-



Derrota de un brulote inglés.— Dibujo de MOREL FATIO.

rible fuego de mosquetería, se desanimaron y pegaron fuego ellos mismos á su brulote, de cuyas resultas uno de sus hermosos buques estuvo á punto de ir á pique. La tripulacion del brulote pudo salvarse arrojándose unos á la

chalupa y otros á nado; los señores franceses querian perseguir la chalupa y apoderarse de ella, pero temiendo Ruyter que no les costase cara esta temeridad, mandó reunir las chalupas prohibiendo el que se adelantasen mas.